

FUNDAMENTOS PARA UNA INTERPRETACIÓN PROCEDIMENTAL DE LA METÁFORA

Francisco José Ruiz de Mendoza Ibáñez
Pedro Santana Martínez
Universidad de La Rioja

1. OBJETIVOS

La metáfora ha sido objeto de estudio por parte de diferentes disciplinas y desde intereses en ocasiones divergentes. Se ocuparon de ella ya Aristóteles y Quintiliano; ha sido objeto de tratamiento extensivo en la historia de la literatura, en la filosofía del lenguaje, la pragmática, las lingüísticas cognitiva, y funcional.¹ Ha sido ignorada por otras escuelas, como las generativistas, por constituir una aberración de la norma. Han corrido ríos de tinta sobre sus virtudes literarias, así como sobre el mecanismo por el que se constituye. A veces, en nombre de un racionalismo frío se la ha rechazado, mientras que el romanticismo imaginativo la ha ensalzado.

En este artículo nos ocuparemos de la vertiente lingüística del fenómeno metafórico, si bien nuestro planteamiento no excluirá la relación con otros campos y la mención de intuiciones procedentes de los mismos. De hecho, uno de nuestros objetivos consistirá en proporcionar los fundamentos filosóficos necesarios para comprender el fenómeno en todas sus dimensiones. Propondremos la singular pertinencia de lo que nos permitiremos denominar *enfoque procedimental de la metáfora*, enfoque que, como el lector verá, se fundamenta en intuiciones derivadas de la relación entre pragmática y cognición. Así, trataremos la cuestión en dos estadios: uno, en el que se intentarán señalar restricciones de orden puramente semántico; otro, en el que se estudiará la razón de ser de la metáfora, su potencial expresivo y su contribución al éxito comunicativo. En el primero se definen parcialmente los materiales con los que trabaja el hablante, pero sólo el segundo permite dar una visión adecuada de las operaciones que éste realiza.

2. FUNDAMENTOS TEÓRICOS INICIALES

Nuestro planteamiento básico parte: *a*) de la diferencia entre individuo y clase, y *b*) de la diferencia entre el conjunto definido extensionalmente y el definido

intensionalmente, al que más le convienen las denominaciones de *universal*, *clase* o *concepto*. Mientras el conjunto sería la reunión extensional de individuos, el universal estaría constituido por un conjunto de notas o predicados. En otras palabras, tendríamos dos tipos de totalidades, unas definidas extensionalmente, y otras intensionalmente. En cuanto a la primera distinción, diremos que la identificación de individuos en el discurso se realiza mediante (y es posible gracias a) procedimientos tales como el uso de deícticos.

Un postulado en que nos basaremos es que el hablante opera con universales hasta el momento en que, mediante la utilización de diversos procedimientos lingüísticos (como la deixis) y no lingüísticos (como la ostensión), identifica los referentes individuales de su discurso. Nuestro postulado podría expresar dos hipótesis factuales: una «fuerte», que sostendría que el hablante opera realmente así; y una «débil» que se contentaría con el enunciado de que así habría de operar un programa que emulase al hablante. Decidirse por una u otra es, hasta cierto punto, irrelevante para el desarrollo de nuestra discusión.

Lo que decimos implica que las totalidades extensionales se constituyen en un nivel similar al de los individuos, por darse parecidas operaciones referenciales en un caso y otro. En otras palabras, la hipótesis significa que un modelo cognitivista de la comprensión de un texto ha de incluir una primera fase o etapa en la que los referentes no se precisan o no aparecen.² Quizá sea difícil formular esto mediante los conceptos fregeanos de «referencia» (*Bedeutung*), «sentido» (*Sinn*) y «representación» (*Vorstellung*). Utilizando estos términos, se diría que el sentido no precisa de la referencia en un primer momento de la comprensión de un enunciado o de un término. Y sí lo necesitaría en el momento posterior en que, por ejemplo, se comprueba el valor veritativo de lo expresado.

Así, habría que decir que es irrelevante para la hipótesis que el sujeto oracional sea una clase, *las ballenas*, o un individuo, *César*, por cuanto, como hemos visto, aunque se entienda *las ballenas* como clase intensional, *qua* signo lingüístico, cumple con la función referencial de la que hablaban Bühler (1967) y Jakobson (1981). Por su lado, *César* es un individuo, pero también una clase intensional definida por unas notas que simplemente constituirían la biografía del propio individuo, *César*, o, al menos, un subconjunto de las mismas.

Es preciso aclarar que la hipótesis presentada no se entiende ni psicológica (psicológica *versus* trascendental), ni, desde luego, neurológicamente. De hecho, el hablante de la gramática transformativa parece un hijo bien reconocible de la filosofía moderna del sujeto, y ese sujeto es el trascendental. Nuestro intento más bien se debería encaminar hacia la discusión usual dentro del campo del cognitivismo, que muy bien se puede describir como una vuelta de la conciencia sobre sí misma. La insistencia en el basamento fenomenológico de algunas escuelas lingüísticas, como la Lingüística Perceptiva y, en general, la cuestión de las relaciones entre lenguaje y metalenguaje pueden justificar este último aserto de apariencia quizá exótica (véase López García 1989: 42 ss).

La conclusión provisional a la que todo esto conduce tal vez podría resumirse como sigue: el análisis procedimental, que propondremos, y, en general, todos los enfoques de carácter cognitivista se mueven en un plano en el que necesariamente aparece el sujeto gnoseológico. No obstante, el desarrollo del análisis puede llevar a planteamientos que supongan la omisión formal del mismo.³ Esta doble situación sería propia de todas las disciplinas relacionadas con el lenguaje, situación que

puede justificarse, tal como se hace en López García (1989), debido a la manera en que los datos lingüísticos son utilizados.

3. METÁFORAS Y CLASES

Existen estudios sobre la formación lingüística de las totalidades. Pueden consultarse Katz (1982) y Moreno (1987). Éstos ponen de manifiesto cómo son utilizados los medios de que dispone la lengua para expresar diferentes totalidades. Sin duda puede pensarse en una interrelación entre esos procedimientos lingüísticos y la construcción conceptual. Pero también claramente puede verse que la formación de un concepto o de una totalidad es un proceso diferente. Digamos que alrededor de esta cuestión se ordenarían las posturas de manera similar a como lo hacen cuando se tratan en general los temas de las relaciones entre lenguaje y pensamiento: las posturas irían desde las de quienes sostienen que la lengua determina el pensamiento (Mauthner, hipótesis de Whorf-Sapir, etc.) hasta los que defienden la supremacía del pensamiento (Piaget). Para aquéllos, los procedimientos por los que una lengua dada conforma totalidades influirían poderosamente en la manera en que un individuo conceptualizara su experiencia, mientras que para éstos la conceptualización sería previa e independiente.

En lo que sigue, discutiremos la formación de totalidades dentro de un esquema de pensamiento diferente. Nuestro razonamiento permanecerá en un nivel abstracto y, según pretendemos, de validez universal. Se supondrá que los procesos a los que hacemos referencia son independientes, en ese nivel abstracto, de la lengua del hablante, por lo que es posible describirlos de manera universal.

La formación de una totalidad intensional supone la reunión de unas notas. La formación de una totalidad extensional incluye una identificación del referente. Nótese que, sin duda, la formación real, tal como se diría que sucede en la práctica, de una totalidad intensional supone partir de una totalidad extensional o de un referente, pero esto sitúa la discusión en un ámbito diferente, que es el del individuo que conceptualiza a partir de su experimentación con los referentes.

Las totalidades intensionales se clasifican en nuevas totalidades intensionales mediante el juego con sus notas constitutivas. El resultado son las clasificaciones en que, como es bien sabido, cada clase no sólo se contrasta con otras de su mismo nivel, sino que se enfrenta a clases superordinadas o subordinadas.

Así, pues, cada concepto está formado por un conjunto de notas. El recto nombrar aplica un término a un concepto. La metáfora, como otras figuras, aplica a un concepto un término que se aplica rectamente a otro. La diferencia específica de la metáfora⁴ sería que ésta se produce mediante un salto dentro de una determinada clasificación en la que aparecen en lugares distintos el concepto transmitido y aquel al que se aplica generalmente el término utilizado. Resulta evidente que las metáforas fosilizadas (o, digamos, más comunes) ponen en juego clasificaciones comparadas por los hablantes y que gozan de estabilidad. Por el contrario, las metáforas novedosas recurren a zonas conceptuales difusas: el hablante se ve obligado a delimitar o afinar los criterios que le sirven para construir sus clasificaciones.

Nuestra primera definición de la metáfora implica que la visión del mundo, la competencia lingüística y la conciencia lingüística del hablante estarían ordenadas

y ordenarían el mundo según determinadas taxonomías, agrupamientos, etc.⁵, los cuales no serían exhaustivos ni completamente consistentes. La metáfora propondría una relación inesperada, una vecindad extraña entre géneros o especies aparentemente alejados.

Téngase también en cuenta que, dado que las visiones del mundo varían o pueden variar de individuo a individuo, las clasificaciones que intervienen en la comprensión de una metáfora concreta no pueden establecerse de antemano, ni son generales para todos los hablantes. Puede pensarse que los procedimientos lingüísticos y no lingüísticos de la identificación operan precisamente sólo en el nivel de individuos o totalidades extensionales («¡Ese rebaño!»), pero metalingüísticamente lo hacen con todo tipo de totalidades. Así, podemos señalar clases o conceptos dentro de un discurso; podemos crear una topología que defina las relaciones entre conceptos y en la que los demostrativos, los anafóricos y los catafóricos tengan un empleo consecuente. Y no sólo metalingüísticamente, pues lo aquí establecido tiene que ver con la propia visión del mundo y con lo que cada hablante reconozca, aunque no necesariamente de manera teórica o ideológica, como individuo.

En otros términos, los individuos o las clases extensionales adquieren tal carta de naturaleza en el discurso mediante procedimientos lingüísticos. Un desacuerdo o contradicción entre los aspectos ideológicos y lingüísticos causará una inestabilidad que habrá de resolverse.

Según nuestro razonamiento, entonces, los individuos o las clases extensionales, lo serían en cuanto que producidas lingüísticamente. Una clase intensional, en cuanto apareciera en el discurso, adquiriría las propiedades de un individuo. A la inversa, sería el concepto de un individuo la variable que se vería afectada en determinados procesos de comprensión lingüística.

4. UNA PROPUESTA DE FORMALIZACIÓN TAXONÓMICA DE LA METÁFORA

La presuposición en la que fundamentamos nuestro estudio es que cada hablante dispone de una organización del mundo que es, junto con otros componentes no epistémicos, una colección de taxonomías. Las clases en que el hablante organiza el mundo mantienen relaciones entre sí y conforman diversas taxonomías que, sin embargo, pueden mantener zonas oscuras o confusas.

Otra cuestión importante a este respecto es que no pueden entenderse las clasificaciones como una partición de un conjunto definido extensionalmente (Mosterín 1984), partición a la que se llega mediante la noción de relación de equivalencia, la cual supone dada extensionalmente la totalidad. Como ya se ha indicado, en lo referente a la metáfora lo importante son, por decirlo así, las notas constitutivas del concepto, ..., de la clase definida intensionalmente. Si se analiza el método seguido en Mosterín (1984), puede comprobarse que:

- a) considera conjuntos definidos extensionalmente dados de antemano;
- b) define una taxonomía a partir de la noción de partición y, ésta, obviamente, a partir de la de relación de equivalencia;
- c) como consecuencia de esto, toda la cuestión, *apud* Mosterín, ha de enfocarse según la perspectiva de la lógica de relaciones.

El hecho de identificar todas las clasificaciones y divisiones con resultados de este tipo, permite soslayar las dificultades causadas por determinados tipos de clasificaciones.

Sin embargo, es preferible adoptar el enfoque que puede proporcionar la lógica de clases y, además, al tener que partir de una serie de predicados para construir intensionalmente un conjunto, el que un elemento lo sea de ese conjunto dependerá de si su nombre satisface como variable a dichos predicados. Es sólo entonces cuando se puede definir una relación de equivalencia. Esta manera de proceder permite resolver muchos análisis mediante el recurso exclusivo a predicados monarios.

La cuestión se deja formalizar mínimamente como sigue:

Un hablante posee una visión del mundo C , que incluye diferentes componentes, algunos de los cuales son taxonomías. Sean éstas T_j . Puede representarse una cosmovisión C como:

$$C = \langle T_j, A, N, K \dots \rangle$$

donde j varía entre 1 y n , mientras que A, N, K representan otras componentes de la cosmovisión.

La cosmovisión de un grupo social Cg podría definirse de dos modos, y en realidad nos podemos referir a dos conceptos distintos:

$$Cg_1 = \cup C_i$$

y

$$Cg_2 = \cap C_i,$$

donde los C_i son las cosmovisiones de cada uno de los hablantes i que componen el grupo.

En el primer caso, obtendríamos un complejo que no sería compartido por todos los individuos miembros del grupo g . Toda representación mental perteneciente a $F_i = Cg_1 - C_i$ no pertenecería al acervo del individuo i . Evidentemente, la mente humana es tal que puede variar sus representaciones mentales. Es presumible que así como determinados contenidos mentales pueden añadirse a los que el individuo ya posee o ha poseído, es difícil cambiar determinados esquemas de pensamiento. Puede comprenderse entonces que un subconjunto de F_i sea algo prácticamente «invisible» para el individuo i .

En el segundo caso, obviamente Cg_2 está contenido en C_i para todo i . (Hagamos la salvedad de que puede eliminarse a determinados individuos poco representativos del grupo g , a la hora de calcular la intersección).

Las clases que organicen un cierto ámbito de la realidad tendrán una contrapartida en unas clases que quizá cupiera identificar con los campos léxicos. Mientras no se especifique lo contrario, nos referiremos a clases de individuos. Las clases de palabras se denominarán, arbitrariamente, campos. Cabe indicar que quizá la diferencia entre unas y otros se haya ido ensanchando históricamente con el avance y la divulgación de las ciencias y de la actividad de grupos sociales cada vez más complejos e interrelacionados.

Una taxonomía T se establece sobre una clase A , definida mediante unos predicados que, por comodidad, consideraremos unitarios (de una variable):

$$A = \{ a/ aP, A, Q aR... \text{ son enunciados con valor de verdad } 1 \}$$

Una división añadiría predicados que, en buena parte de los precedimientos de clasificación, incluirían siempre su contrapartida negativa: M , no M , etc. Así se obtendría en el primer caso de una división porfiriana:

$$A_M = \{ a/ aP, aQ, aR... aM \text{ son enunciados con valor de verdad } 1 \}$$

y

$$A_{noM} = \{ a/aP, aQ, aR,... a^-M \text{ son todos enunciados con valor de verdad } 1 \}$$

Esto puede aplicarse tanto a clases porfirianas –dentro del mismo nivel– como a combinatorias⁶, con la salvedad, en este caso, de que puede darse que un a^-P implique que no se aplique el predicado Q a A , pero creemos que esta dificultad puede dejarse de lado. En relación con este problema, está el del significado lingüístico, en el sentido de Coseriu (1985). Si las estructuras de este significado son diferentes o no de las de las taxonomías científicas o populares, si permiten un estudio como el aquí propuesto, es algo que dejamos de lado. En todo caso, pensamos que la metáfora, en términos de Coseriu, tiene que ver con la designación y no con el significado, que para este autor es una cuestión de lengua.

Una división como las particiones de las que se habla en Mosterín (1984) daría un resultado como éste:

$$A = A_1 \cup A_2 \cup A_3 \cup ... \cup A_n$$

y podría establecerse un predicado Z_i que definiese cada subclase.

Ahora, ciertas clases estarán relacionados con determinados campos. Puede establecerse una aplicación f entre una clase A y un campo « A ». Los elementos de « A » habrían de ser precisamente sustantivos. Parece claro que existirán elementos de A sin su correspondiente en « A », lo que motivará el uso de catacrexis y, para alguna visión del mundo, habrá elementos de « A » sin su correspondiente en A . El nombrar no consiste en esto, en aplicar una aplicación f^{-1} (supongamos que la correspondencia es aplicación), pues está claro que la constitución de la clase A viene mediada lingüísticamente por « A ». Con todo, el lenguaje humano permite separar conceptualmente, como sabemos, ambos conjuntos. Hay que decir que la distinción entre clases y campos puede eliminarse, por todo lo dicho. El problema es decidir hasta qué punto nuestra categorización de una parcela de la realidad tiene que ver con el léxico de una lengua. Cuando René Thom afirma que:

La idea general que puede proponerse en semántica es que existe un isomorfismo aproximativo entre el logos de un ser material E , y el logos del concepto correspondiente $C(E)$, considerado como una forma espacial sobre el espacio euclidiano de las actividades psíquicas [Thom 1983, 78-79]

cabe preguntarse si $C(E)$ se compone siempre de lo que un gramático reconoce como sustantivo lexical. Parece, por tanto, adecuado reconocer en el hablante la capacidad de separarse intelectualmente del propio lenguaje que utiliza, fenómeno sin duda relacionado con el nivel de educación y con la cultura en que aquél se mueve.

5. DEFINIENDO LA METÁFORA

Sobre lo que hemos formulado, la metáfora supone efectivamente un fenómeno definible en términos del juego de las notas constitutivas del concepto. Tengamos el siguiente postulado, que recoge la idea anterior:

Def. 1

Si decimos que «(el individuo) A es un B », estando el concepto A definido por $\{a_i\}$ y B por $\{b_j\}$, lo que hacemos con la metáfora es proponer la selección de uno o varios b_j tales que:

- a) Dichos b_i coincidan con unos a_j . Entonces estos a_j adquieren especial relevancia. Si, para todo i , b_i es elemento de A se trata de una hiperordinación.
- b) O, se amplía A de manera que entonces $A = \{a_i, b_j, b_k \dots\}$

Puede observarse que este análisis se fundamenta en nuestra hipótesis de que la comprensión de un enunciado, metafórico o no, pasa por una primera etapa en la que se prescinde de la referencia individual. A ésta debemos añadir una segunda según la cual la comprensión se realiza en virtud de la tensión entre dos principios discursivos que denominaremos Principio de Coherencia y Principio de Economía (véase Ruiz de Mendoza, 1992), ambos sumamente importantes para entender la fuerza expresiva de la metáfora. Son principios que tienen que ver con el acto comunicativo en su conjunto, marcando una actitud del sujeto hacia su naturaleza intrínseca. El primero revela la tendencia del sujeto hacia la comprensión del estímulo verbal, lo que entraña un esfuerzo de procesamiento; el segundo, la tendencia hacia la simplificación e incluso el abandono de la comunicación. La metáfora, según la definición 1, supone una reordenación o alteración (parcial) del sistema conceptual del sujeto, lo que conlleva necesariamente un esfuerzo, superior al normal, que corre contra el Principio de Economía. Según esto, una metáfora será procesada sólo si el esfuerzo de procesamiento es compensado suficientemente por el efecto cognitivo que produce en el mundo conceptual del individuo, esto es, cuando el Principio de Coherencia sobrepuja al de Economía.

Se puede poner en relación lo dicho con el conocido Principio de Relevancia de Sperber y Wilson (1986), el cual más adelante, en el apartado 7, nos llevará a algunos comentarios sobre los conceptos de saliencia y pregnancia de René Thom (1990). El Principio de Relevancia supone que la comunicación consiste en un intento de alterar el «entorno cognitivo» o mundo conceptual del receptor mediante un estímulo ostensivo verbal o no verbal. Existe una presunción tácita de relevancia o pertinencia del estímulo (aun cuando en realidad el estímulo usado resulte no ser el más relevante). Éste será tanto más relevante cuanto que produzca mayores efectos contextuales (alteraciones del entorno cognitivo) con el menor esfuerzo de procesamiento. La diferencia entre el planteamiento de Sperber y Wilson y el que nosotros ofrecemos está en que los principios de Coherencia y Economía: *a*) no se subsumen bajo ningún principio más general, y *b*) no son únicos para explicar la comunicación, sino que fundamentan otros principios locales, a los que nos referiremos más adelante (véase también Ruiz de Mendoza, 1992). La conjunción de ambos tipos de principios, como se verá, explica la metáfora.

6. PROBLEMAS DE INCOMPRESIÓN: LA RELACIÓN DE ORDEN Y DE IMPLICACIÓN ENTRE PREDICADOS

Vamos a plantear la parte subsiguiente de nuestra discusión, considerando por qué la metáfora propuesta por un hablante puede ver comprometida su aceptación por otro.

Si un término activa una serie de predicados (notas o rasgos semánticos) los cuales juegan un papel especial en los procesos metafóricos, el éxito de la comunicación supone la existencia de una coincidencia suficiente entre las matrices de rasgos del emisor y del receptor. Suponiendo que el hablante H_1 profiere un mensaje que contiene una expresión metafórica, la cual procede de la presencia de al menos un rasgo en las matrices de los términos tenor y vehículo, entonces existe una clara posibilidad para el fracaso de la comunicación y es ésta que el rasgo en cuestión no se encuentre en la matriz de la que dispone el hablante H_2 .

En este tipo de «incomprensión» –valga el término– se habla de matrices con un número indeterminado de rasgos, pero sin ninguna ordenación. Además, aunque utilizamos la palabra *matriz*, sería ésta, en cualquier caso, una matriz lineal.⁷ Lo que cuenta es el conjunto de rasgos definido extensionalmente. Parecería posible postular, dentro de esas matrices una relación de orden definida en los siguientes términos:

Dada una matriz de predicados $[p_i]$ que un hablante H hace corresponder a un término A , se da entre un subconjunto de los mismos una relación de orden tal que decimos que $p_i \rightarrow p_j$ si para el hablante H la presencia del predicado p_i en la matriz implica necesariamente la presencia de p_j .

La primera incomprensión de la metáfora procedería del hecho de que la matriz de rasgos del hablante poseyese un rasgo ausente en la del oyente. Por otro lado, una segunda manera por la cual podría fracasar la comunicación de una expresión metafórica sería que las relaciones R_1 y R_2 , establecidas dentro de una matriz M compartida por dos hablantes H_1 y H_2 , fuesen diferentes.

Incluso, puede descubrirse que dos hablantes H_1 y H_2 pueden «comprender» una metáfora, pero de formas fundamentalmente distintas. Podemos ver esto con el conocido símil: «Castilla es ancha y plana como el pecho de un varón». Si se dice sólo que «Castilla es como el pecho de un varón», puede postularse que unos hablantes unirán los dos términos sea por la anchura, por la planicie o por alguna otra virtud.

En la siguiente metáfora, que es casi una meta-metáfora: «dead metaphors», nos encontramos con que la comprensión de la misma puede fracasar si:

a) El oyente no advierte que entre ‘metaphor’ y ‘living being’ pueden señalarse rasgos comunes como ‘dinámico’, ‘inestable’ o ‘cambiante’.

b) Para el hablante, pero no para el oyente, el rasgo ‘dead’ implica el rasgo ‘estático’. Lo que se quiere indicar con esta metáfora es, como se sabe, que hay metáforas de las que el hablante no tiene conciencia. Si el oyente no pasa de la definición lingüística de los rasgos que ésta incluya al rasgo ‘dead’ no comprenderá la metáfora.

7. TERCER TIPO DE INCOMPRESIÓN: SALIENCIA Y PREGNANCIA

Hemos visto que entre las notas constitutivas de un concepto es posible plantear una relación de orden, lo que, dicho de manera simple, supone que la consideración

de un predicado p_1 ha de llevar necesariamente la de otro p_2 , siendo esta relación asimétrica.

Entonces, además de la presencia o ausencia de una determinada nota, las diferencias en las relaciones de orden entre predicados, o de las leyes implicativas entre dos cosmovisiones, puede dar lugar a incomprensiones.

En pragmática se habla del principio de relevancia (Sperber y Wilson, 1986), al que ya nos hemos referido antes, y que distingue diferentes calidades de información. Cabría aplicarlo a las notas constitutivas de un concepto. En cuanto la metáfora introdujese un orden inusual, destacase un rasgo normalmente no resaltado, sería posible hablar de la pertinencia de una nota, de la más destacada en cierto momento y en cierto contexto.

Aquí no sólo se podrían aplicar categorías gestálticas como las de figura y fondo, sino también las de saliencia (*saliency*) y pregnancia (*pregnance*). El empleo que hace René Thom de estas nociones tiene un claro entronque gestáltico. Define este autor *forma saliente* como sigue:

Llamaré forma saliente a toda forma experimentada que se separa netamente del fondo continuo del cual aquella se destaca [1990: 19].

Las formas pregnantes son las que, más allá de las limitaciones del corto plazo, «provocan una reacción de gran amplitud en el sujeto» [1990: 22]. Añade Thom:

Creo que es una grave laguna de la teoría clásica de la Gestalt no haber hecho esta distinción, pues el concepto de la *Prägnanz* gestáltica se relaciona más bien con criterios de individuación de una forma percibida [1990: 22].

Una propuesta que avanzaríamos aquí sería que los predicados que definen o acompañan a un concepto determinado son susceptibles de entrar en el tipo de juegos de las formas salientes y pregnantes. Así, en un determinado momento un cierto rasgo podría constituirse en forma saliente frente a (o contra) el conjunto de rasgos. Si en la metáfora

Falstaff sweats to death
And lards the lean earth as he walks along

decimos que *Falstaff lards* añade algo a la definición de Falstaff es porque identificamos a Falstaff —prescindamos ahora de que Falstaff sea un individuo y además ficticio— mediante otros predicados. En esta perspectiva, *Falstaff lards* sería un juicio sintético y la potencia literaria y pragmática del mismo se debería a la saliencia que *lards* adquiere súbitamente. Sin embargo, Falstaff podría ser redefinido de manera que *Falstaff lards* fuera un juicio analítico. La metáfora sería entonces una metáfora fosilizada. Y si fuera importante el hecho expresado, podría decirse, siguiendo a René Thom, que el juicio expresaba una «forma pregnante».

Lo que sigue es un resumen de nuestro análisis de la comprensión de la metáfora.

Supongamos las metáforas reducibles a la forma 'A es B', donde A y B son clases. Evidentemente, la «transformación» de este enunciado en las diversas formas en que pueden aparecer las metáforas no es sencilla. Puede también suponerse que puede resultar difícil reducir una metáfora a una oración de este tipo. Supongamos también un hablante H_1 , que es quien produce la metáfora «A es B».

Para este H_1 , A y B vendrán definidas y descritas por dos matrices de rasgos $[a_{1i}]$ y $[b_{1i}]$. La metáfora se ofrece a un segundo hablante H_2 para quien la misma debe tener sentido por una serie de consideraciones pragmáticas:

a) En el caso de hiperordinación (v. g., «Los murciélagos son mamíferos»), se da que para todo i , existe un b_{1i} tal que $a_{1i}=b_{1i}$. Obviamente, esto no es una metáfora si esta condición se cumple en opinión de H_2 . Si el conocimiento del mundo de H_2 es tal que piensa que los murciélagos son aves, H_2 deberá repasar sus taxonomías o bien proceder a una interpretación metafórica.

b) Existen al menos un i y un j tales que $a_{1i}=b_{1j}$. O en otras palabras, las matrices tienen algún rasgo común. Si H_2 piensa que los murciélagos son pájaros con pelo, puede suponer que el enunciado propuesto es metafórico porque los murciélagos disfrutan de la virtud pilosa de (la mayoría de) los mamíferos. Si no se cumple esto, tendríamos nuestra primera causa de incomprensión.

c) Existen un j y un k tales que $b_{1j} \rightarrow b_{1k}$ y existe un l tal que $b_{1k}=a_{1l}$. H_2 cree saber que los mamíferos hembras producen leche en ocasiones y que esto implica necesariamente que sus crías disponen de determinado enzima. Si también piensa que los murciélagos son aves y que sus crías disponen de ese enzima, esto le puede determinar para una comprensión particular del enunciado. Si H_1 y H_2 comparten sus creencias sobre los murciélagos, excepto que la capacidad de producir leche implique el disponer de cierto enzima, opinión sólo contemplada por H_1 , entonces H_2 no podrá entender el juicio de H_1 .

d) Supongamos que H_1 asevera que «A es B» porque para H_1 , existen un i, j , tales que $a_{1i}=b_{1j}$. Supongamos que esto sea así también para H_2 , pero que éste no seleccione de toda la matriz $[b_{2i}]$ el rasgo pertinente. Este tercer tipo de incomprensión procede de que para H_2 , el rasgo que entra en juego no se ha destacado como figura sobre el fondo formado por todos los demás rasgos.

Puede comprobarse que la coherencia de las ideas expuestas se basa en que se supone a los sujetos H_1 y H_2 la capacidad de operar con matrices de rasgos no cerradas, que pueden ser redefinidas en cada momento. Como ya hemos apuntado, con ocasión de una metáfora novedosa el rasgo puesto en juego sería una forma saliente sobre el fondo del conjunto de rasgos. Los rasgos que conformasen taxonomías estables serían formas pregnantes.

En cualquier caso, la distinción entre los tipos de «incomprensiones» puede hacerse, *a posteriori*, desde una perspectiva a-metodológica (cf. nota 2), en la que se fijan los rasgos que integran los conceptos puestos en juego. Esto significa que un determinado acto de comunicación en el que una metáfora juega algún papel puede analizarse, una vez realizado, sin necesidad de tomar a los hablantes como elementos del análisis; se les puede eliminar, por decirlo así. De lo que no se sigue que semejantes análisis tengan un valor predictivo, pues la comprensión de un mensaje en el que la creatividad no sea despreciable pone sobre el tablero la actividad misma de los hablantes.

8. NIVELES DE ANÁLISIS

Queremos concluir nuestra exposición esbozando lo que para nosotros constituye un análisis de la metáfora con pertinencia pragmática y cognitiva. Lo deno-

minaremos *análisis procedimental* porque se fundamenta en el comportamiento estratégico del hablante. Por otra parte, diremos que es pragmático porque dicho comportamiento viene regulado por principios que la pragmática de corte inferencial se ha ocupado de estudiar desde las propuestas de Grice (1975) sobre su Principio de Cooperación. Comenzaremos por contrastar nuestro análisis con otros no inferenciales.

a) Se han hecho descripciones estructurales de la metáfora, como la de Brooke-Rose (1958). Los recursos estructurales, que darían cuenta de diversas configuraciones metafóricas (A, A – B, A = B, C convierte A en B, A de B, siendo A el tenor y B el vehículo), sin embargo, son propios de los recursos generales de la sintaxis de la lengua y no nos sirven en sí como criterio diferenciador. Por ejemplo, no descubrimos que *John is an ox* o *the brow of a hill* son metáforas por su estructura (compárese *John is a lawyer* y *the height of a hill*, que muestran la misma estructura).

b) Un segundo tipo de análisis, más pertinente, es el realizado desde una perspectiva *semántica extensional*. Tomemos el análisis de Culler (1975) en términos de clase/miembro, que tiene tintes del conocido análisis aristotélico de transferencia del género a la especie, de la especie al género y de una especie a otra, además de la llamada relación analógica (*Poética*, cap. XXI). Para Culler la metáfora es una combinación de dos sinécdoques: de un todo (o una clase) se va a una de sus partes (o miembros), y de esa parte a otro todo que la contenga. Por ejemplo, *John is an ox* significaría, en una posible interpretación, que es alto y fuerte. Según el modelo de Culler la transferencia sería una de miembro-clase-miembro, es decir, de *ox* pasaríamos a la clase de objetos altos y fuertes, y de aquí a otro miembro de la clase, cualquier persona u objeto alto y fuerte. Aunque hemos llamado a esta perspectiva extensional, hay que advertir que no es tanto que Culler trabaje con clases definidas extensionalmente, sino que no distingue en su análisis entre extensión e intensión.

Tanto la explicación de Culler como los tipos de metáfora aristotélicas se basan en la idea de que la metáfora es la aplicación del nombre de una cosa a otra. Pero ahí se agota la diferencia. El análisis semántico de Culler se plantea en términos extensionales. El análisis de Aristóteles, en cambio, se mantiene dentro del ámbito intensional. Así, el filósofo entiende como metáfora *Ulises ha realizado mil nobles gestas*, porque *mil* (especie) substituye a *muchas* (género), pues es evidente que en efecto no se refiere a exactamente mil, sino a un número impreciso relativamente grande. No es, por tanto, una cuestión de referentes externos, sino de juego de rasgos semánticos. En el fondo, la clasificación aristotélica tiene mucho que ver con lo que modernamente se ha denominado análisis semántico componencial.

Una segunda diferencia estriba en que Culler postula una doble transferencia (de miembro a clase y de clase a miembro nuevamente), mientras que en la clasificación aristotélica sólo existe una y en variación de sentidos, produciendo así diferentes tipos de metáfora.

La metáfora por analogía, el cuarto tipo que Aristóteles señala, parece ser de orden diferente. Utilizando un ejemplo de Aristóteles, la vejez es a la vida como la tarde al día, así que se puede llamar a la vejez *tarde de la vida*. Ahora bien, tomando

vez y *tarde* como especies, este tipo de metáfora se podría quizá entender y clasificar como parte de la transferencia de especie a especie, perteneciendo cada una a géneros distintos.

c) Hasta ahora es evidente que la metáfora no se reduce meramente a una sustitución terminológica. Debe mediar una asociación semántica de cierto tipo entre los llamados tenor y vehículo. La tradición aristotélica fundamenta dicha asociación en la dicotomía género/especie (que se puede entender como un caso de hiponimia) y en la analogía, que, como hemos visto, quizá es reducible a aquélla. Otros autores clásicos han postulado otras transferencias, como es el caso de la clasificación de Quintiliano, en su *Institutio Oratoria*, en términos de transferencia de inanimado a animado (p. ej., llamar *espada* al enemigo), de animado a inanimado (*saxi de vertice*), de inanimado a inanimado (*Classique inmittit habenas*), y de animado a animado (dice Quintiliano en *Ins. Or.* VIII 6,9: «ut Liuius Scipionem a Catone “adlatri” solitum refert»). En la misma línea, a principios del s. XIII, el anglonormando Geoffrey de Vinsauf, en su *Poetria Nova*, propuso una transferencia de humano a no humano, que nos recuerda lo que conocemos también como personificación. La cuestión está en que estas explicaciones de transferencias, aun cuando postulan una asociación, no nos dicen mucho en sí de lo que es la metáfora.

d) Leech (1969) ha propuesto también una clasificación semántica de la metáfora, reconociendo que por fuerza ha de ser incompleta. Se basa en las siguientes dicotomías: concreto/abstracto (*room for negotiation*), animado/inanimado (*graves yawned*), humano/no humano (*friendly river*), y en la transferencia sinestésica (*dull sound*). Esta clasificación, según Leech, refleja la tendencia de las metáforas a hacer percibir lo abstracto por medio de lo tangible: «the world of nature becomes more real to us when we project into it the qualities we recognize in ourselves»⁸ Si, a la inversa, adscribimos cualidades de objeto a las personas, la metáfora adquiere un aire singular, frecuentemente de desprecio:

I found you as a *morsel*, *cold upon Dead*
Caesar's trencher
 [Antony and Cleopatra, III, xiii; cit. en Leech 1969:159]

Es evidente que la clasificación esquematizada por Leech es esencialmente intensional, fundamentándose en un trasvase de rasgos semánticos. No tiene mucho que ver, sin embargo, con la aristotélica de género/especie, porque el género es equivalente a la clase íntegra de rasgos, y la especie se constituye merced a un rasgo aislado, aunque cada rasgo, a su vez, se puede considerar definitorio de una nueva clase. Las transferencias de Leech no se producen en sentido vertical (paradigmático) sino exclusivamente horizontal (sintagmático), es decir, entre miembros de clases distintas.

e) Al hablar de la metáfora hemos postulado operaciones realizadas sobre las matrices de rasgos adscritas a ciertos conceptos. Dichas operaciones bien podrían ser descritas, como hace Clark (1970), mediante reglas formalmente semejantes a las que él propone para explicar determinados procesos psíquicos. Posibles operaciones en una matriz de rasgos *M* serían la adición (añadir uno o más rasgos), la elisión (suprimir rasgos), la conmutación (sustituir rasgos), el contraste (cambiar el signo de un rasgo) y todas estas en diversas combinaciones. La metáfora tendría que

ver típicamente con las operaciones de adición. Pero estos son recursos semánticos estructurales que no nos hablan del efecto percibido tras la operación.

Rumelhart (1979), en su estudio sobre significado literal y figurado, propone la sustitución del análisis componencial (trasvase de rasgos semánticos) por el esquemático como explicación de la metáfora. Un esquema –en psicología cognitiva– es una unidad estructural que incluye todo tipo de información asociable a un concepto. Esta unidad se constituye según el conocimiento del mundo de cada individuo y es, por tanto, idiosincrásica. Representaría –en nuestra terminología– una taxonomía abierta y relacionada con otras taxonomías que integran una cosmovisión. Su carácter subjetivo y abierto es, por otra parte, muy útil para dar cuenta de la creatividad semántica del lenguaje, de lo que es un buen ejemplo la metáfora.

El problema de la interpretación de Rumelhart, sin embargo, es que, en apariencia, no arroja más luz sobre el fenómeno metafórico que un análisis componencial, pues se limita a pasar de la modificación de rasgos al nivel léxico a una modificación de los componentes de un esquema cognitivo. Así, sobre el ejemplo de Ortony *Encyclopedias are gold mines*, Rumelhart sugiere que la tarea del receptor es la de activar su esquema sobre minas de oro y, al ver que sólo se adecua parcialmente, aplicar aquellas características que sean pertinentes y válidas para una enciclopedia (p. ej., el contener algo de valor, pero no tierra, raíles o puntales). La cuestión es que se puede explicar la metáfora postulando un trasvase del rasgo inferior [+valor], y parecería redundante tener que recurrir a una teoría de los esquemas.

Pero no es realmente así, debido a que postular un mero trasvase de rasgos (lo cual es una operación mental) explicaría muy poco satisfactoriamente la viveza de la imagen producida por la metáfora en el hablante. Si la metáfora consistiera meramente en esta sencilla operación es poco probable que superviviera como figura expresiva. Existen otros factores cognitivos que, como veremos en el próximo apartado, nos inclinan a preferir una teoría esquemática.

9. EL ANÁLISIS PROCEDIMENTAL: FUNDAMENTOS COGNITIVOS DE LA METÁFORA

En nuestra opinión, y a tenor de lo expresado al tratar la cuestión de la formalización taxonómica de las clases, una explicación intensional de la metáfora es más adecuada que la extensional. Esto se debe a que la metáfora no supone sino un trasvase de rasgos o notas constitutivas desde un concepto a otro, trasvase que está sujeto a restricciones semánticas previas, como las anotadas antes. La metáfora se deja representar por una ecuación $A = B$ siempre que se tenga en cuenta el carácter asimétrico de la relación.⁹ En otras palabras, entre tenor y vehículo se establece una diferencia. Por $A = B$ tendemos a representarnos enunciados de la forma A es B. Sin embargo, debemos establecer una distinción importante que supondrá nuevas restricciones para la metáfora. En primer lugar, según nuestra hipótesis inicial, debemos considerar que el análisis toma como materiales conceptos, no individuos. Distinguímos dos tipos de enunciados que responden a la forma citada:

1) Identificatorios. El individuo identificado en A es el mismo que el identificado en B.

2) Atributivos. El concepto A se subsume en B de acuerdo con la lógica de raigambre aristotélica.

Ahora bien, incluso ante enunciados en que aparecen deícticos o nombres propios –en la llamada *antonomasia vossiana*– pueden darse interpretaciones que extraigan el concepto individual del individuo señalado en el enunciado.

La asimetría de la metáfora corresponde a la mayor extensión del predicado. Por tanto, funciona una restricción según la cual toda interpretación que incluya una metáfora debe asignar mayor extensión a B que a A en $A = B$, aunque esto en ocasiones, como algunas de las que veremos a continuación, resulte altamente paradójico.

Finalmente, en los casos de hiperordinación, no hay metáfora. Veamos ocho enunciados de cada uno de los cuales puede haber dos interpretaciones distintas:

- a) Uno de los términos es un hiperónimo del otro:
- 1) Ese jilguero es un pájaro
 - 2) Un jilguero es ese pájaro
 - 3) Ese jilguero es este pájaro
 - 4) Un jilguero es un pájaro

donde *jilguero* y *pájaro* son nombres de especie y de género respectivamente. Si los deícticos impiden que B tenga mayor extensión que A, debemos proceder a una interpretación de $A = B$ de carácter identificatorio.

- b) No existencia de hiperordinación:
- 5) Ese hombre es un roble
 - 6) Un hombre es ese roble
 - 7) Pedro es este roble
 - 8) Un hombre es un roble

Si consideramos A como el tenor y B como el vehículo, en términos tradicionales, se puede observar que la metáfora precisa un vehículo de carácter genérico. También es necesario precisar que aunque el tenor puede ser indistintamente específico o genérico, la metáfora tiende a sentirse más como tal si el tenor es específico. Así, 5 posee más carácter metafórico que 8. Existe una explicación cognitiva para esto, que daremos más abajo.

Interesa hacer notar también que un enunciado como 7 –donde podíamos haber sustituido *Pedro* por *ese hombre* sin otra dificultad añadida que la diferencia entre los operadores deícticos– puede entenderse como metáfora si el hablante y el oyente perciben que algunas propiedades del roble en cuestión corresponden a Pedro. La extensión de ese concepto es mayor que la de A, pues conviene al roble y a Pedro.

En relación con la cuestión del mayor o menor carácter metafórico de un enunciado debemos tener en cuenta también el tipo de categorías que se manejan. La metáfora variará en grado de apertura o de especificidad y, por tanto, de efecto contextual, dependiendo de la categoría del término vehículo:

- 9) Tu hijo es un animal
- 10) Tu hija es una gata
- 11) Tu hija es una gata de Angora

Supongamos dos tipos de categorías conceptuales: prototipos y categorías de nivel básico (Rosch, 1973; Rosch y Mervis, 1975). Los prototipos son los mejores ejemplos de una categoría (así, hay cerdos que consideraríamos mejores representantes de clase conceptual «cerdo» que otros). Las conceptualizaciones de nivel básico son las que explotan mejor la correlación de atributos con el mundo real, pues ordenan y clasifican la realidad según categorías máximamente informativas. Maximizan el número de atributos compartidos por los miembros de una categoría y minimizan, en contrapartida, el número de atributos compartidos con miembros de otras categorías (Taylor, 1989: 51). Así, *gata*, frente a *animal* y *gata de Angora*, sería de nivel básico: *animal* es un término colectivo que aglutina a otros más básicos (leones, tigres, elefantes, vacas, etc.) que comparten escasos atributos; *gata de Angora* maximiza los atributos que comparte con miembros de la categoría pero no es máximamente distinto de otros miembros de su mismo nivel (siamés, persa, etc.).

Comparemos ahora el valor metafórico de 9, 10 y 11. Cada una de las categorías que ostenta el término *vehículo* tiene un concepto prototípico. Es lógico pensar que, si la metáfora selecciona siempre, como hemos visto en *b*, un término genérico como *vehículo*, esto se debe, en un nivel cognitivo, a que el hablante opera con un prototipo para dicho término. Esta afirmación concuerda con nuestra hipótesis, expuesta en el apartado 1, de que el hablante opera en un primer momento de la interpretación con universales.

Ahora, de las tres categorías del término *vehículo* en nuestros ejemplos, sólo la de 10 es de nivel básico. Esto conlleva ciertas consecuencias para la operación de trasvase de rasgos desde el vehículo al tenor. En principio podríamos pensar que en 9, al ser «animal» una categoría muy amplia, es donde existe mayor potencial de trasvase. Sin embargo, existen motivos para que no sea así. El número de atributos compartidos con otros miembros del mismo nivel («vegetal», «mineral», «humano») es, en efecto, mínimo, y el de elementos diferenciadores es máximo, pero esta misma indeterminación hace que el sujeto tienda a buscar de todos las posibilidades de trasvase una única más singular; en este caso suele ser el rasgo «irracional», reduciendo el contraste a los miembros «animal»/«humano», que son los que parecen, por otra parte, tener más puntos en común (se mueven, tienen órganos, miembros, etc.). En el caso de 11, donde se maximiza el número de atributos compartidos, se tenderá a trasvasar aquel rasgo que es distintivo de la categoría «gata de Angora» (ser de lujo, muy mimada), con lo que la interpretación metafórica no es muy abierta. En cambio, en el caso de la categoría de nivel básico, en 10, las posibilidades interpretativas son más amplias: «mimosa», «hogareña», «astuta», «veloz», «ágil», «silenciosa», etc.

En general, es posible decir que una categoría de nivel básico no contiene un número cerrado de rasgos, sino que puede activar, con más facilidad que otras, un esquema abierto. En este sentido, el trasvase de rasgos será tanto más abundante cuanto lo sea el esquema asociado a la categoría, lo que fundamenta la reclamación de pertinencia del análisis esquemático, al que nos referíamos en el apartado anterior, como apoyo del procedimental.

10. EL ANÁLISIS PROCEDIMENTAL: FUNDAMENTOS PRAGMÁTICOS DE LA METÁFORA

Hemos distinguido anteriormente entre dos principios globales del acto comunicativo, el de Coherencia y el de Economía, y otros de carácter específico que

operan sobre aspectos locales de la producción y comprensión. A estos segundos principios otorgaremos el título de *procedimentales*, pues constituyen el fundamento pragmático de los procedimientos que el sujeto emplea para comunicarse. Son, por otra parte, principios que sirven para regular las inferencias que el sujeto usa para dar sentido al acto comunicativo. No entraremos en una descripción de todos estos principios. Para un análisis más detenido, el lector puede ver Ruiz de Mendoza (1992) y Otal y Ruiz de Mendoza (1993). Aquí nos limitaremos a aquellos principios pragmáticos que creemos que juegan un papel esencial en el fenómeno de la metáfora.

La pragmática se ha ocupado, lógicamente, de estudiar la metáfora al percibir que es un fenómeno por el cual se comunica más de lo que se explicita. Para Searle (1982), por ejemplo, tiene explicación como un caso más de su distinción entre «significado oracional» y «significado del hablante».¹⁰ En los modelos inferenciales que siguen las propuestas de Grice (1975), se ve la metáfora como el producto de un juego entre máximas del Principio de Cooperación. Así, si decimos *John is an ox*, a cualquiera le es evidente que, tomando al pie de la letra, es falso. Según el Principio de Cooperación, como es bien sabido, existen unas máximas de Cualidad según las que el hablante, en principio, no debería proporcionar información falsa o para la que carece de suficientes pruebas. De tal manera, una metáfora parecería incumplir esta máxima. Ahora, bien, como se señala en Martinich (1984), una metáfora es una mentira evidente, pues el objetivo es que el lector capte su falsedad (de otra forma, si creyéramos que Juan es un buey, no percibiríamos el valor metafórico del enunciado en cuestión). El motivo de la transgresión no es el de engañar, por lo que debemos hablar más de lo que Grice denomina burlar (*flouting*) que de violación (*violating*). Pero esto, por sí mismo, no explica la metáfora. Se puede «burlar» una máxima de Cualidad por otros propósitos, como es el irónico. La metáfora involucra también a la máxima de Relación, que interpretaremos como aquella que regula la tendencia cooperativa a que los enunciados sean interna y externamente coherentes. En el caso de la metáfora, la incoherencia es siempre interna. Definiremos, por tanto, la metáfora, desde el punto de vista de la pragmática, como sigue:

Def. 2

Un enunciado X es metafórico para H_1 y H_2 si y sólo si

- a) es reducible a una fórmula del tipo $A = \bar{B}$
- b) para H_1 y H_2 X constituye una violación aparente de las máximas de Cualidad del Principio de Cooperación
- c) para H_1 y H_2 la relación expresada entre los términos $\{A, B\}$ constituye una violación aparente de la máxima de Relación del Principio de Cooperación.

Esta definición nos da pie a poder postular un posible sistema procedimental que el receptor (H_2) debe descubrir para poder interpretar la metáfora adecuadamente¹¹:

Si ante un enunciado X , proferido por H_1 , y reducible al tipo $A = B$, se dan las siguientes precondiciones:

- a) que X es falso
 - b) que la relación semántica entre A y B no es plausible
- entonces,

- a) presumir que H_1 intenta ser veraz y pertinente por medio de X ,
- b) buscar aquellos atributos de B que se puedan aplicar a A y que sean compatibles con las presunciones contextuales de H_2
- c) asignar dichos rasgos a A.

Este modo de operar viene motivado y justificado por el principio discursivo de Coherencia, frente al de Economía: el hablante tiende a conseguir un efecto contextual aun a costa de un mayor esfuerzo de procesamiento si es que considera (subjektivamente) que merece la pena el intento.

11. COMENTARIOS FINALES

Hemos podido apreciar la versatilidad de la metáfora y cómo ésta cumple con ciertas leyes y principios que se pueden describir desde al menos cuatro perspectivas:

- a) Sintácticamente, la metáfora ha de poder ser reducible a un enunciado ecuativo –en las condiciones antes señaladas– del tipo $A = B$.
- b) Para una semántica extensional, la metáfora consiste en la asociación de dos o más extensiones entre las que no existe una relación aceptada.
- c) Para una semántica intensional consiste en un trasvase de rasgos entre clases intensionales, trasvase que está sujeto a las restricciones y principios cognitivos que hemos estudiado en el apartado 8.
- d) Para una teoría pragmática, consiste en una violación aparente y conjunta de las máximas de Cualidad y Relación, en los términos explicados en el apartado 9.

Intentar explicar la metáfora sin dar cuenta, al menos, del conjunto de perspectivas que señalamos conducirá inevitablemente a una visión poco afortunada. El análisis procedimental, más concretamente, demanda este tipo de explicación.

Finalmente, estas definiciones pueden añadir sentido a las palabras con las que Eugenio Coseriu concluye su estudio sobre la creación metafórica:

En cada momento hay algo que ya existía y algo que nunca existió antes: una innovación en la forma de la palabra, en su empleo, en su sistema de asociaciones. Este cambio continuo, este afán ininterrumpido de creación y re-creación, en el que, como en un paño ondulante de miles de matices o en la superficie chispeante del mar bajo el sol, en ningún momento se puede fijar un sistema estático concreto, porque en cada momento el sistema se quiebra para reconstituirse y romperse nuevamente en los momentos inmediatamente sucesivos –ese cambio continuo es, precisamente, lo que llamamos la realidad del lenguaje [Coseriu 1985: 102].

Notas

1. El lector puede consultar las colecciones de artículos de Davis (1991), Paprotté y Dirven (1985) y el conocido trabajo de Lakoff y Johnson (1980), entre otros, donde se presentan perspectivas pragmáticas, funcionales y cognitivas sobre el tema.
2. Queremos llamar aquí la atención del lector a la coincidencia de esta hipótesis con el sistema de análisis según marcos predicativos de la Gramática Funcional de Dik (1989). El marco predicativo, que proporciona toda la información sobre el potencial de combinación semántica y sintáctica de un predicado, se instancia mediante la inserción de términos (argumentos de predicado) que vienen delimitados en cuanto a su referencialidad por medio de operadores. Es decir, esta gramática trabaja con dos tipos de referencia: una referencia potencial, por la que un término denota un conjunto de entidades, y una referencia pretendida, por la que se selecciona la entidad auténticamente designada.
3. En Bueno (1982, 1989) se distinguen estas dos situaciones metodológicas respectivamente con el nombre de β -operatorias y α -operatorias. Ambas mantienen entre sí una relación dialéctica de forma que una ciencia esencialmente α -operatoria puede operar transitoriamente con una metodología β ; véanse los comentarios en Santana (1990).
4. La definición no excluiría al simil; éste se puede considerar como una metáfora que se ha resuelto lingüísticamente de manera distinta.
5. Para una definición de los distintos tipos de clasificaciones y divisiones puede consultarse Velarde (1982).
6. Para la definición de estos tipos de clases, véase también Velarde (1982). Puede verse que, a lo largo de este artículo, pensamos siempre en clases cuyas notas vienen dadas conjuntamente y no disyuntivamente.
7. Utilizamos el término *matriz* de una manera que tal vez se considerará abusiva. Queremos connotar con él que el significado de una palabra o término puede estar estructurado de manera que una simple lista de notas no lo condensaría. Sin embargo, los campos se representan usualmente como cuadros bidimensionales de rasgos que, al menos, podrían tomarse como pseudo-matrices.
8. En el apartado 8 se explica esta intuición de Leech en términos de la teoría de los prototipos.
9. Las demás relaciones (A. A-B, C convierte A en B, A de B) se reducen a la ecuativa. Se puede ver esto si comparamos: *tus perlas* (por *tus dientes*), *las perlas de tus dientes*, *tus dientes son perlas*, *tu sonrisa hace perlas a tus dientes*.
10. En Ruiz de Mendoza y Santana (1992) nos hemos ocupado de revisar algunas de las debilidades del planteamiento de Searle. Éste propone una serie de principios por los que se regula el significado implicado de una fórmula ecuativa, pero lo único que llega a revelar son algunos de los modos de relación epistémica entre los términos de la metáfora y no qué principios la explican pragmáticamente. Esto último es nuestra pretensión.
11. Esta formulación mejora la que se da en Ruiz de Mendoza y Santana (1992: 96).

Bibliografía

- Aristóteles, (1977) *Poética*, ed. de J. Alsina, Barcelona: Bosch.
- Brooke-Rose, C. (1958) *A Grammar of Metaphor*. London.
- Bueno, G. (1982) «Gnoseología de las ciencias humanas», en VV. AA. *Actas I Congreso de Teoría y Metodología de las ciencias*. Oviedo: Pentalfa.
- Bueno, G. (1989) «Sobre el alcance de una “ciencia media” (ciencia β 1) entre las ciencias humanas estrictas (α 2) y los saberes prácticos positivos (β 2)». *El Babilisco*, segunda época, núm. 2, Oviedo.

- Bühler, K. (1967) *Teoría del lenguaje*. Madrid: Revista de Occidente.
- Clark, H.H. (1970) «Word Associations and Linguistic Theory», en Lyons, J. (ed.). *New Horizons in Linguistics*. Harmondsworth: Penguin.
- Coseriu, E. (1985) «La creación metafórica en el lenguaje». *El hombre y su lenguaje*. Madrid: Gredos.
- Culler, J. (1975) *Structuralist Poetics*. London: Routledge.
- Davis, S. (ed.). (1991) *Pragmatics. A Reader*. New York: Oxford University Press.
- Dik, S.C. (1989) *A Theory of Functional Grammar*. Dordrecht: Foris.
- Frege, G. (1973) *Estudios sobre semántica*. Barcelona: Ariel.
- Grice, H. P. (1975) «Logic and Conversation». P. Cole & J. L. Morgan (eds.). *Syntax and Semantics, 3: Speech Acts*. New York: Academic Press.
- Jakobson, R. (1981) *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Ariel.
- Katz, E. (1982) «Zur Distribution von Kompositum und Nominalgruppe im Deutschen. Ein Beitrag zur Dimension der Apprehension», Seiler-Lehmann (eds.) *Apprehension, das sprachliche Erfassen von Gegenständen*. Teil I. *Bereich und Ordnung der Phänomene*, Tübingen: Gunter Narr.
- Lakoff, G., y M. Johnson (1980) *Metaphors We Live By*. Chicago: Chicago University Press.
- Leech, G.N. (1969) *A Linguistic Guide to English Poetry*. London: Longman.
- López García, A. (1989) *Fundamentos de gramática perceptiva*. Madrid: Gredos.
- Martinich, A. P. (1984) «A Theory for Metaphor». *Journal of Literary Semantics* 13: 35-56.
- Moreno, J. C. (1987) *Fundamentos de sintaxis general*. Madrid: Síntesis.
- Mosterín, J. (1984) *Conceptos y teorías en la ciencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Otal Campo, J.L., y F.J. Ruiz de Mendoza Ibáñez (1993) «Manifestabilidad mutua, estrategias de negociación y procedimientos discursivos» (*Actas del III Simposio sobre estrategias de aprendizaje y uso del lenguaje*. Depto. de Lengua Inglesa, Facultad de Filología, Universidad de Sevilla; en prensa).
- Paprotté, W., y R. Dirven (eds.) (1985) *The Ubiquity of Metaphor*. Amsterdam: John Benjamins.
- Quintiliano, M.F. (1976-80) *Institution Oratoire*. Ed. por J. Cousin, París: Les Belles Lettres.
- Rosch, E. (1973) «Natural Categories». *Cognitive Psychology* 4: 328-50.
- Rosch, E., & C.B. Mervis (1975) «Family Resemblances: Studies in the Internal Structure of Categories». *Cognitive Psychology* 7: 573-605.
- Ruiz de Mendoza Ibáñez, F. J. (1992) «Esquemas, procedimientos y operatividad discursiva». *Monográfico sobre estrategias y uso del lenguaje*, Universidad de Murcia.
- Ruiz de Mendoza Ibáñez, F. J., y P. Santana Martínez (1992) «Algunas reflexiones sobre la metáfora». C. Inchaurralde et al. (eds.). *Semántica y lenguajes especializados*, Departamento de Filología Inglesa y Alemana, Universidad de Zaragoza.
- Rumelhart, D.E. (1979) «Some Problems with the Notions of Literal Meaning». A. Ortony (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Santana Martínez, P. (1990) «Algunos avatares de la distinción émico/ético». *Actas de las I Jornadas de Lengua y Literatura Inglesa y Norteamericana*, Colegio Universitario de La Rioja.
- Searle, J.R. (1982) «Metaphor». A. Ortony (ed.). *Metaphor and Thought*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.

- Sperber, D., & D. Wilson (1986) *Relevance. Communication and Cognition*. Oxford: Basil Blackwell.
- Taylor, J.R. (1989) *Linguistic Categorization. Prototypes in Linguistic Theory*. Oxford: Clarendon Press.
- Thom, R. (1990) *Esbozo de una semiótica*. Barcelona: Gedisa.
- Velarde, J. (1982) *Lógica formal*. Oviedo: Pentalfa.